LA *SUMA Y BREVE COMPILACIÓN* DE HERNANDO DE TALAVERA: ¿UNA GUÍA HACIA LA SANTIDAD?

Cécile Codet
École Normale Supérieure – Lyon
cecile.codet@ens-lyon.fr

Resumen
En este trabajo se estudia un texto escrito por Hernando de Talavera (*ca*. 1428 – 1507) para las cistercienses de Ávila: la *Suma y breve compilación*. Dicho tratado nos permite estudiar cómo se concebía la santidad femenina a finales del siglo xv, entre los promotores de la reforma del clero contemplada por los Reyes Católicos. Así, el texto sugiere que, para Talavera, la santidad no se debe a dones excepcionales, y tampoco se adquiere mediante prácticas extremas. Por eso, la vida conventual tal y como la describe el autor se caracteriza por su carácter ascético y controlado. Sin embargo, también insiste una y otra vez sobre el hecho de que no se ha de buscar la santidad individual, sino la santidad de la comunidad.

Palabras clave
Hernando de Talavera, cisterciense, convento, reforma monástica, santidad.

Abstract
The object of this study is to analyze a text written by Hernando de Talavera (*ca*. 1428 – 1507) for the Cistercian nuns of Ávila: the *Suma y breve compilación*. In it it is possible to trace how one of the main promoters of the reform planned by the catholic monarchs conceived feminine sanctity. According to Talavera, sanctity comes neither from exceptional abilities, nor from extreme practices. That is why the monastic life described by the author is a particularly controlled one. Nevertheless, he also insists several times on the fact that nuns do not have to look for individual sanctity, but have to strive for sanctity within the community.

Keywords
Hernando de Talavera, Cistercian order, convent, monastic reform, sanctity.

Entre los textos destinados a organizar la vida de las religiosas, no solo se encuentran aquellos que se limitan a recoger las reglas de la orden en cuestión, sino también toda una serie de manuales normativos destinados a imponer determinados comportamientos.[1] La *Suma y breve compilación de cómo han de bivir y conversar las religiosas de San Bernardo* forma parte de dicho corpus, con la particularidad de haber sido compuesta por uno de los adalides de la reforma monástica contemplada por los Reyes Católicos, Hernando de Talavera. Fue escrita entre 1485 y 1492 y está dirigida a las cistercienses de Ávila, ciudad en la cual ocupaba entonces la sede episcopal. A pesar de tener un destinatario concreto, es importante precisar de entrada que el opúsculo propone, más que nada, un ideal de vida monástica, por lo que no hay que buscar en sus líneas un reflejo fiel de la realidad. Sin embargo, esta dimensión idealista, si así se puede llamar, es interesante a la hora de estudiar el camino que puede llevar a la santidad, pues el manual fue, precisamente, elaborado para que las monjas alcanzasen la perfección religiosa. Pese a ello, una de las cosas que puede sorprender, cuando uno intenta buscar las ocurrencias del término "santa" en dicho opúsculo, es que casi siempre aparece este término como adjetivo y no como nombre. Encontramos, por ejemplo, varias veces la expresión "sancta religión", para calificar la vida en el convento. Del mismo modo, varias de las actividades de las religiosas se ven calificadas de "santas", como es el caso de las "sanctas meditationes", la "sancta confessión", la "sancta comunión" o la "sancta lectión". Como se puede notar, el adjetivo se aplica sobre todo a sacramentos o a actividades que, desde el punto de vista espiritual, parecen ser de especial relevancia, como es el caso de la lectura.

Estos apuntes sugieren que, para Talavera, la santidad no es tanto una cuestión de personalidad, sino una cuestión de vida y de "sanctas costumbres", expresión que también aparece en la *Suma*. Ahora bien, este opúsculo fue redactado, precisamente, para guiar a las monjas en sus costumbres diarias:

[1] En la *Suma*, Hernando de Talavera enumera algunos libros cuya lectura, según él, puede ser provechosa para las religiosas. Entre dichos textos se encuentran, por ejemplo, la *Forma de los novicios*, de san Buenaventura, o tratados didácticos como el *Enseñamiento del corazón*, el *Enseñamiento de los religiosos* o el *Espejo del pecador* (Talavera, ed. Codet, 2012, p.34) De dichos tratados, el autor dice "cada día vos lea aquella mesma lectora conventualmente un capítulo de vuestra regla antes que entrés en biésperas, y otro capítulo de qualquier libro de los susodichos luego que salierdes de completas" (*ibídem*.). Así, estos tratados se insertan en una serie de lecturas destinadas a orientar el comportamiento de las religiosas, entre las cuales la regla ocupa la primera posición. Del mismo modo, la *Suma y breve compilación* está destinada a formar parte de dicho corpus, pues el autor dice a las religiosas, a propósito de su tratado: "lo qual, si mirardes y leyerdes o oyerdes con attentión de lo obrar […]" (p. 26). Así, del mismo modo que las religiosas pueden oír unos capítulos del *Enseñamiento del corazón* o de la *Forma de los novicios*, podrán oír (o leer) unos capítulos de la *Suma*.

Comoquier, devotas madres y hermanas y muy amadas hijas en Jesucristo Nuestro Señor, que muchos sanctos ayan escripto muchas sanctas doctrinas del estado y observantia de la sancta religión […] mas, porque no son todas assí adaptadas a la religión de las mujeres ni fueron escriptas en nuestra lengua castellana, ni contienen breve y claramente lo que a todo vuestro estado pertenece, por esso […] me esforcé a vos copilar y escribir esta suma y como memorial cogido de lo que en el monasterio leí y aprendí. Lo qual, si mirardes y leyerdes o oyerdes con attentión y con desseo de lo obrar, fío que vos podrá mucho ayudar y aprovechar para que vuestra sancta conversación sea más applazible al vuestro Esposo celestial. (Talavera, 2012, p. 37)[2]

Uno de los objetivos de Talavera era pues reformar las costumbres de las religiosas cistercienses, con vistas a su meta final: ser buenas esposas de Cristo.

1. SANTIDAD COLECTIVA EN VEZ DE SANTIDAD INDIVIDUAL

Así, según la *Suma*, es viviendo santamente como se llega a ser santa y, en cierta medida, Talavera propone a las religiosas un camino hacia la santidad aunque nunca se mencione explícitamente, sino que se refiere a ella por perífrasis.

1.1. *Unas monjas destinadas a la santidad*

En efecto, el autor nunca emplea explícitamente la palabra "santidad" para designar el objetivo de la vida conventual. Ahora bien, no quiere decir que las monjas no deban trabajar para ser santas, pues, de hecho, el objetivo definido por el entonces obispo de Ávila[3] es la "gloria y bienandança":

[2] Cito según mi propia edición (*Memorabilia*, 2012: <http://parnaseo.uv.es/Memorabilia/Memorabilia14/sumario14.html>). No obstante, el texto también se puede consultar en su versión manuscrita (Escorial a-IV-29) o en la edición de O. González Fernández, 1960, pp. 143-174. En adelante todas las citas de la *Suma* proceden de la edición citada de Codet (2012), por lo que me limitaré a señalar el número de página correspondiente.

[3] Antes de desempeñar dicha función, había estudiado en la Universidad de Salamanca, en la que también llegó a ser profesor, antes de emprender la carrera eclesiástica e ingresar en la orden jerónima. La ejemplaridad de su comportamiento y sus habilidades para regir la vida de una comunidad le permitieron ocupar durante 16 años el puesto de prior del monasterio de Nuestra Señora del Prado, en la provincia de Valladolid. Sin embargo, Isabel la Católica le obligó a que abandonara el convento, nombrándole obispo de Ávila en 1486. Lo fue hasta 1492, fecha en la cual dejó dicha ciudad para instalarse en Granada, donde ocupó la sede arzobispal hasta su muerte en 1507, a pesar del proceso inquisitorial emprendido contra él y su familia.

[Dios] no vos hizo cualesquier criaturas, mas racionales, a su imagen y semejança, capazes de su gloria y bienandança, que toda consiste en le ver y contemplar claramente, en le amar perfectamente y en le tener y poseer seguramente sin temor de le jamás dexar ni perder. (p. 28)

En otros términos, las monjas encontrarán la recompensa de sus esfuerzos al ser acogidas en el Paraíso. Sin embargo, Talavera se empeña también en subrayar el carácter excepcional de las mujeres a las que se dirige, recalcando su perfección espiritual, la cual les da un estatus particular en la tierra como en el Cielo. Así, las religiosas son respecto a Cristo: "esposas suyas dignas de ser coronadas de corona real, ca la esposa del Rey, reina es" (p. 28). El término "corona", además, está también vinculado al martirio, pues el autor compara también a sus destinatarias con las mártires:

No puede ser mayor [la caridad] que poner el alma por el amigo […]. Y si vos dixieren que no la pone propriamente sino el que por su amor padece martirio, dezid vós que la perfecta obedientia y abrenunciaçión de voluntad es linaje de martirio, y que quien assí lo haze niega a sí mesmo y toma su cruz a cuestas. (p. 29)

Mártires, esposas de Cristo, las religiosas son también dignas de ocupar un lugar destacado en el Paraíso: "[Dios] vos hizo dignas de la compañía y choros y sillas de los ángeles en el cielo, y así vos dio officio de ángeles en este suelo, que es de siempre le servir y alabar, guardando toda puridad y limpieza spiritual y corporal" (p. 28). En otras palabras: las monjas no están destinadas explícitamente a la santidad, pero Talavera no deja de subrayar su superioridad espiritual. Señalemos también que el hecho de considerar la obediencia perfecta como un equivalente del martirio le permite al obispo controlar los posibles arrebatos de entusiasmo religioso de las monjas. De hecho, Teresa de Ávila dejó testimonio de lo atractivo que podían resultar las vidas de santos, así como de los deseos de emulación que le suscitaban cuando era joven a principios del siglo XVI: "como vía los martirios que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir ansí" (p. 121).[4] Ahora bien,

[4] Para un estudio más amplio, se puede leer el artículo de: Isabelle Poutrin (1987), sobre este tema. La autora subraya que las vidas de santos formaban parte de las fuentes de instrucción de las niñas: "Celles-ci disposaient, assez communément semble-t-il, d'une autre source d'instruction: les vies de saints et de martyrs. On en faisait la lecture en famille, le soir, ou mieux encore, un apprentissage précoce (autour de 6 ans) permettait aux petites filles d'y consacrer leurs moments perdus" (p. 337). Dicho artículo no solo permite colocar la experiencia teresiana en un marco más amplio,

las monjas de Ávila —y, en especial, las novicias— se veían también incitadas a identificarse con algún santo o alguna santa: "que trayan siempre su pensamiento hincado en la vida de Jesucristo Nuestro Señor y de su bendita Madre, y de algund sancto o sancta en que tengan especial devoción" (p. 53). Entonces, parece que decirles a las religiosas que sufren el martirio siguiendo al pie de la letra las reglas del monasterio no sólo es un medio para animarlas a que lo hagan, sino que también las disuade de cualquier empresa espectacular, tanto más cuanto que en el capítulo dedicado a las novicias Talavera añade:

> Que se guarden más que del fuego de exceder ni desviar de lo que manda la regla, ni de la común honestad y manera de bivir del monasterio, y de hazer más abstinentias, más disciplinas, más vigilias y otras cualesquier obras de penitentia y aspereza, sin especial licentia de su prelada o de su maestra. (p. 53)

La santidad, según Talavera pues, no ha de ser espectacular. Estos apuntes del autor resultan particularmente interesantes si los comparamos con lo que escribe Isabelle Poutrin en su artículo ya citado. Así, cita a Jerónima de la Asunción (1555-1630), quien nos dice que su madre: "Siempre trataba de las penitencias que hacía Santa Catalina de Sena, siendo niña, y de las disciplinas, y sangre que derramaba", y hace el siguiente comentario:

> Dans la promiscuité des foyers, les adultes abandonnent aux enfants les indices de leurs austérités: le bruit des coups de fouet, les coffrets qui renferment les cilices et disciplines rougis, des traces de sang sur les murs de l'*aposento.* (p. 336)

Esta práctica extrema de la penitencia, de la cual dice la autora que es, a la vez, "cachée et spectaculaire" (p. 336), es precisamente lo que condena Talavera, pues su carácter espectacular, o sea a la vez extremo y público entra en contradicción con los ideales de modestia y de recato que intenta implementar en su tratado. La novicia que se dedique a semejantes prácticas sobresaldría dentro de su comunidad, mientras por el contrario tiene que pasar desapercibida, fundiéndose en el grupo. De hecho, la santidad, según él, se obtiene a través de una vida conventual marcada por el ascetismo colectivo y el olvido de sí misma más que por el mérito individual.

---

sino que también indica la permanencia de una práctica, desde finales del siglo XV con Talavera hasta el siglo XVIII, las vidas de santos formaban parte de las lecturas destinadas a fomentar la piedad de las niñas.

1.2. *Santas en comunidad*

No cabe duda de que Hernando de Talavera tiene en alta consideración el estado de monja, como lo sugieren los elogios ya citados. Asimismo, dice que son dignas de las bienaventuranzas prometidas por Cristo. Sin embargo, este último punto está sometido a una condición: "¡O, vós, bienaventuradas, si estas y semejantes cosas sabés de continuo contemplar, que éstas y semejantes vos harán mucho devotas, que es lo primero que vos quise encomendar" (p. 29). Según esto, las religiosas no son perfectas de entrada, sino que lo pueden ser si se dedican plenamente a la contemplación y a la alabanza divina. En efecto, la naturaleza de las monjas no está nada valorada de entrada, como lo indican estas palabras tajantes: "que seyendo, como lo sois naturalmente, menguadas y flacas de entendimiento y de cuerpo, vos hizo participantes ricas y abastadas de las mayores virtudes que los mayores gigantes y más rezios y esforçados varones aquí pueden alcançar" (p. 29). Ahora bien, sabemos que, a finales del siglo xv, decir que una mujer se ha convertido en varón vale tanto como decir que es en todo excepcional.[5] Sin embargo, a pesar de ser excepcionales, las religiosas siguen siendo mujeres, con lo cual necesitan someterse a un plan de vida bastante riguroso.

Por encima de todo y contrariamente a lo que solía ocurrir en los conventos de la época en los cuales las ocasiones de contacto con el mundo exterior eran numerosas,[6] nuestro texto se empeña en aislar totalmente el convento del mundo exterior, aunque dejando dos puntos posibles de contacto. En primer lugar, está el locutorio que, por una parte, permite (aunque con muchas restricciones), la entrada del mundo exterior en el seno de la casa religiosa, mientras que las hermanas donadas, que no viven dentro del convento sino fuera de él, son los únicos miembros de la comunidad autorizados a salir del claustro. El locutorio, sin embargo, difícilmente puede ser llamado lugar de contacto entre la comunidad y los que no pertenecen a ella, a causa de todas las medidas que impiden el acceso fácil al intercambio directo y libre (doble red de hierro o de madera, completada por un lienzo, custodia constante de una anciana, necesidad de la

[5] Recordemos, por ejemplo, este pasaje del *Jardín de nobles doncellas* de fray Martín de Córdoba, a propósito de Semíramis, dotada de: "la mugeril fortaleza que acabó lo que los varones no pudieron acabar". (ed. H. Goldberg, p. 247)

[6] Así, Albert-Guillem Hauf i Valls indica, en su edición de la *Vita Christi* de Isabel de Villena, que la comunidad de la cual formaba parte en Valencia (convento de la Santísima Trinidad), estaba en contacto permanente con el resto de la ciudad, y que eran numerosas, entre otras cosas, las obras literarias que circulaban entre el interior del convento y el exterior (p. 23).

licencia de la abadesa, etc. (Talavera, 2012, p. 50).[7] Una de esas medidas restrictivas es particularmente interesante, y es el hecho de que el locutorio ha de estar colocado "en tal lugar que las personas que vinieren de fuera a hablar estén en la iglesia, porque el lugar sagrado las combide a hablar cosas sanctas y religiosas y a abreviar" (p. 50). Ahora bien, en los conventos cistercienses, el uso de la iglesia estaba exclusivamente reservado a la comunidad y se prohibía la entrada a cualquier persona que no perteneciera a ella; pero más allá de esta contradicción de los hábitos del Císter, me parece que esta medida contribuye a convertir cada uno de los actos de la religiosa en una ceremonia, en un acto dedicado a Dios. En efecto, la monja que habla en el locutorio ha de guardar "en sus hablas toda religión y sanctidad, de manera que las tales personas y la anciana que es allí presente vayan bien edificadas" (*ibid.*): cada una de las monjas que hablaban en el locutorio se convertían pues en otros tantos "espejos de sanctidad", según la fórmula empleada por Talavera en el caso de la abadesa. El locutorio sería, pues, uno de los lugares en los que la santidad de las costumbres podía, e incluso debía, aparecer de forma pública.

Sin embargo, la mayoría de los modos o canales por los que el mundo exterior, bajo cualquier forma, podría entrar en el monasterio estaban estrictamente prohibidos. En efecto, el hecho de oír noticias seglares aparece entre los mayores peligros que amenazan la preservación de la castidad, justo después de la salida del monasterio y del contacto con un hombre: "[no debéis] nunca oír nueva seglar, ni consentir que entre en casa". Medida que era completada con la siguiente: "nunca recebir carta ni escrivir que no passe primero por mano de la prelada" (p. 38). Asimismo, se les prohíbe formalmente a las hermanas donadas que traigan cerca del monasterio "nuevas seglares ni cosas que puedan dar a las siervas de Dios que están dentro ningund desassossiego en su spíritu" (p. 44), lo que confirma que la mente de las religiosas ha de estar constantemente dirigida hacia Dios y que no sólo se ha de temer el contacto físico con el mundo exterior, sino también el contacto inmaterial con las "nuevas". Así pues, la perfección de las religiosas exige un aislamiento casi total del mundo, que, en lo material, implica que el convento viva casi en autarquía.

[7] Hace falta señalar, sin embargo, que dichas medidas reflejan un ideal, y no la realidad. Así, en muchos conventos, el locutorio fue efectivamente un lugar de contacto entre la comunidad y el mundo exterior.

1.3. *Perfección comunitaria e identidad individual*

Si el mundo ha de olvidar a la monja y la monja al mundo, también tiene ella que olvidarse de sí misma, como lo demuestran las consignas de Talavera acerca de la obediencia: nada se ha de hacer por voluntad propia. Insiste por ejemplo el autor en que todo trabajo, toda "obra de manos", ha de ser "hech[a] por obedientia, de manera que no hagáis cosa que no vos sea mandada o que no entendáis que plaze o plazerá a vuestra prelada" (p. 40). En efecto, su voluntad "más propiamente es la de Dios", con lo cual la obediencia es una virtud absolutamente necesaria para cumplir con los requisitos del estatuto de monja y para alcanzar la Gloria celestial. Además, podemos notar que la abadesa adquiere un papel clave y quizás susceptible de darle cierta preeminencia en lo espiritual: el de transmitir a la comunidad la voluntad divina. Así, nuestro autor le recuerda constantemente a la abadesa que ha de ser una religiosa perfecta, que haga gala más que el resto de monjas de todas las cualidades enumeradas a lo largo de la *Suma*, y que por el contrario no se enorgullezca de su posición jerárquica: "no se ensobervezca de se ver mayor, mas conosca que quanto está en el lugar más alto, tanto está en mayor peligro" (p. 52). No obstante, el cargo de abadesa parece ser el más susceptible de alcanzar la santidad, pues ha de ser: "espejo de toda sanctidad, en que todas vos mirés, dechado de perfecta religión, de que todas saquéis" (p. 51). Por supuesto cabe decir que dichas palabras no han de tomarse forzosamente al pie de la letra, aunque por otra parte Talavera aboga por que la elección de la abadesa se haga en función de sus méritos religiosos y no en función de criterios mundanos. Sin embargo, se trata de una de las pocas ocurrencias en el texto de la palabra "santidad", y parece lógico que la que dirige una comunidad que aspira a la santidad sea más santa que las demás.

Sin embargo, la abadesa se ve, como todas las monjas, incitada a la humildad, la cual, a pesar de no formar parte de los tres votos monásticos, cobra suma importancia en la obra de Talavera, ya que "la humildad es fundamento de toda virtud y de toda religión" (p. 35). Pero la humildad no sólo pasa por las acciones, sino que ha de ser realmente interiorizada por las monjas a quien habla en estos términos: "[habéis de ser humildes] no vos preciando de hermosura, de saber, de linaje, de parientes, ni de aver traído mucho al monasterio, como aquélla sola aya traído más y sea más generosa que traxó más virtud y más honestad" (p. 36). Han de olvidarse, pues, todos los elementos en los cuales se fundaban las categorías y las jerarquías mundanas, todo lo que les permitía a las monjas distinguirse de las otras fuera del convento. Asimismo, algunas de las medidas impuestas por Talavera intentan dificultar el propio sentimiento de individualidad de cada una de

las monjas. De hecho, las novicias no tienen, por ejemplo, derecho a "mirar[se] a espejo", ni a "palpar [su] cuerpo" (p. 38). Estas medidas están, por supuesto, destinadas a garantizar la castidad de las religiosas, pero también tienen un carácter simbólico: la joven no tiene contacto con su cuerpo, como si ya se separara de él.[8] Del mismo modo, el trabajo realizado no se entiende como obra individual, sino que pasa a considerarse un trabajo hecho por y para la comunidad. Esto significa que la propiedad privada queda prohibida, pues las religiosas han de "guardar el voto de no tener proprio" (p. 36).

Así pues, aunque no sea su meta inicial, todas estas medidas contribuyen a reforzar la identidad colectiva de la comunidad en detrimento de la individual de cada monja. Nos parece entonces que Hernando de Talavera quiere llevar hacia la santidad a una comunidad y no a un grupo de individuos considerados de manera aislada. María Echániz Sans ya había apuntado cómo la restauración de una vida plenamente comunitaria era uno de los ejes fundamentales de la reforma contemplada por los Reyes Católicos:

> Los monasterios femeninos eran englobados en un modelo uniforme en el cual las posibles particularidades de cada orden religiosa se consideraban muy secundarias. Las premisas eran: clausura absoluta, cumplimiento estricto de los tres votos (pobreza, castidad plena, obediencia), vida común, fomento de la vida espiritual a través del rezo y canto ritualizado, lectura espiritual, cumplimiento de los sacramentos, silencio, trabajo en común, saneamiento de la gestión económica. (Echániz Sans, p. 65)

Este comentario, tanto más interesante en cuanto que se aplica al monasterio que poseía uno de los ejemplares del texto que aquí nos ocupa (el monasterio de Sancti Spiritus en Salamanca), nos permite ver también cómo nuestro texto se inserta en un movimiento más amplio —el de la reforma implementada por los Reyes Católicos a finales del siglo xv y principios del xvi— cuyas ideas refleja y difunde. La colectividad está vista como superior al individuo, incluso en la opinión divina:

> Aved por çierto que es más accepta a nuestro Señor qualquier oratión que se hace allí conventualmente que la que se haze de fuera de aquel tiempo y de aquel lugar apartadamente,

[8] El tema de la relación entre el cuerpo de las monjas y su religiosidad ya ha sido ampliamente estudiado, particularmente en el caso de las visionarias o místicas. Así, podemos citar, entre otros, los trabajos de: C. Bynum y E. Petroff para el ámbito europeo; R. Sanmartín, y M. Luengo para Castilla.

ca mucho plaze a Nuestro Señor la comunidad y todo lo que se haze conventualmente. (p. 30)

Por eso, todos los acontecimientos importantes de la jornada conventual se realizan en comunidad (sea la celebración del oficio, la lectura espiritual, el trabajo, la confesión de las culpas en el capítulo, etc.), y cualquier religiosa que falte a estas reuniones se ve severamente reprendida.

Así pues, en la *Suma y breve compilación* todo conduce no sólo a valorar todo lo realizado en comunidad, sino también a impedir cualquier expresión demasiado destacada de alguna personalidad notable. Por eso, la monja santa según Talavera lo es por y para la comunidad: es santa porque vive en una comunidad cuya santidad está garantizada por el respeto de las reglas fijadas por el obispo, y lo es también para que sus méritos propios aumenten la santidad del convento y para que sus compañeras la consideren como un ejemplo y la imiten. Además de la restauración de la vida comunitaria, M. Echániz (p. 65) subraya también la importancia del fomento de la lectura espiritual en la reforma contemplada por los Reyes Católicos. La *Suma y breve compilación* contribuye también a valorar esta práctica, e incluso la convierte en un elemento esencial de la vida del convento.

2. LA VIDA INTELECTUAL: UN ELEMENTO IMPORTANTE DE LA PERFECCIÓN RELIGIOSA FEMENINA PARA HERNANDO DE TALAVERA

Antes de nada, cabe precisar que, aunque el texto anime a las monjas a que lean determinados libros, no todas las monjas presentes en el convento de Ávila cuando fue escrita la *Suma* tenían forzosamente la misma capacidad lectora. El mismo autor es consciente de eso, pues aconseja a "cada una que supiere leer" que tenga siempre un libro al alcance de la mano "en que lea a las que no saben leer si algunas se le ayuntaren" (p. 35). Además, Pedro Cátedra y Anastasio Rojo (2004, p. 44) apuntan que hay que distinguir una lectura fonética, o sea la capacidad de descifrar un texto escrito, sílaba tras sílaba, aunque sin entender su sentido, y la lectura de comprensión, que implica que el texto es verdaderamente entendido desde el punto de vista intelectual. Añaden que la primera capacidad permitía, entre otras cosas, la lectura de los libros litúrgicos y de los libros de rezo en latín. Lo que quiere decir que puede que las monjas a las que se dirigía Talavera se contentaran con descifrar textos sin entenderlos plenamente. Sin embargo, las monjas no tenían únicamente a su disposición libros en latín, sino que podían también tener acceso a vidas de santos, libros de espiritualidad, etc., y el propio

Talavera insiste en que han de entender plenamente lo que leen: "Sea siempre la lectión en romance, porque la lectión que no se entiende, ni se lee ni se oye como deve" (p. 33). Así, Talavera valora la lectura y, más ampliamente, la vida intelectual, que aparecen como elementos imprescindibles para la perfección religiosa de la comunidad.

2.1. *La importancia de la lectura en la vida diaria de las monjas*

Hernando de Talavera, al querer depurar y perfeccionar la religiosidad de las monjas a las que se dirige, insiste ante todo en el cumplimiento de los tres votos y en la importancia de la caridad como fundamentos de la vida monástica. Pero, a pesar de mencionar que la "lección" no es más que uno de los numerosos ejercicios y observancias de la vida monástica, demuestra en su opúsculo que dicho ejercicio tiene, para él, un estatuto particular. En efecto, los términos relacionados con la lectura o los libros aparecen de manera incesante a lo largo del opúsculo, convirtiéndose casi en un leitmotiv, como si el autor quisiera que su texto reflejase la vuelta incesante de la lección en el horario de las religiosas. Además, dedica a este tema un capítulo entero: "De cómo se han de dar a la lectión y quándo y qué libros han de leer" (pp. 33-35), e insiste una y otra vez en los poderes de la palabra:[9] "Mucho y más que mucho aprovecha, devotas hijas, la sancta lectión para acquirir y conservar la devotión, y para que por ella seáis avisadas de todo lo que conviene para vuestra salvación" (p. 33).[10] Los textos, pues, avivan la devoción de las religiosas, pero también tienen un papel didáctico en la medida en que permiten que ellas se enteren de todo lo que han de hacer para salvarse.

Basándose en las prescripciones del autor, la lección se convierte en la principal actividad intelectual de las monjas abulenses: además de las lecturas insertas en la liturgia de la misa o de las horas, no faltan las ocasiones en las cuales las monjas deben o pueden escuchar a una lectora o leer por sí mismas textos sagrados o piadosos. Aunque Talavera recomienda que cada religiosa tenga un "libro

[9] De hecho, el propio autor en su ministerio intentaba aprovechar los poderes del discurso, y sus sermones eran famosos. Además, según Isabella Iannuzzi (p. 427), daba a la predicación y a la difusión de catecismos una importancia capital como medios para incitar a los moros a que se convirtieran y para educarlos en la fe católica.

[10] Ahora bien, dicho mandato no resulta tan sorprendente en boca de un fraile jerónimo, pues no hace más que repetir lo que decía el propio san Jerónimo en su *Epístola a Eustochio*, en la que el santo animaba a su pupila a que leyera y estudiara tanto como fuera posible, hasta caerse dormida con un libro en las manos, según la edición de Jérôme Labourt (p. 126).

familiar" que pueda leer a su conveniencia,[11] la mayoría de las lecciones se hacen en común: se juntan entonces una lectora que lee en voz alta y un público que la escucha, haciendo a veces otra tarea al mismo tiempo. Es el caso, por ejemplo, del momento en que la lectura comunitaria se hace más solemne y ceremoniosa, o sea el de la comida. La lectura reaparece en el horario de las monjas en otras ocasiones, así antes de vísperas o, cada domingo y fiesta de guardar, a las dos de la tarde. Sin embargo, también recomienda Talavera que las religiosas oigan una lección cada vez que se encuentren reunidas varias de ellas, sea en los momentos dedicados al trabajo o en momentos de ocio. Por fin, la lectura comunitaria cierra la jornada monástica, pues, después de completas, las religiosas han de oír un capítulo de uno de los libros mencionados en el opúsculo. Así, de las lecciones latinas de maitines a la lectura comunitaria después de completas, la lección puntúa la jornada de las monjas y alimenta su vida intelectual.

Para medir la importancia de dicha práctica como elemento que permite a las monjas alcanzar la perfección religiosa, es interesante notar que en el texto redactado para aconsejar a la condesa de Benavente sobre cómo tiene que emplear el tiempo, Talavera, a pesar de escribir para una mujer que podía tener acceso a una gran cantidad de libros, da poca importancia a la lección.[12] En efecto, la principal actividad piadosa de la destinataria ha de ser el rezo y la lectura no aparece más que tres veces: la del Evangelio durante la misa, una lectura edificante entre la

[11] "Tenga cada una que supiere leer algund libro consigo muy familiar, en que a menudo lea los tiempos que le vagare" (p. 35). Al parecer, ésta es la única prenda que realmente pertenece a las monjas, pues a ella no se aplica la prohibición de la propiedad privada. Además, a diferencia de objetos como la ropa, existe un vínculo directo entre el trabajo de la monja y este libro: la actividad individual no se diluye entonces en un trabajo comunitario efectuado para adquirir bienes que en seguida serán repartidos entre los miembros de la comunidad, sino que el producto del trabajo de determinada monja sirve directamente para que ella compre su propio libro (p. 41). Éste es un aspecto bastante notable, pues en la mayoría de los casos, se intenta borrar el vínculo que puede existir entre el trabajo efectuado por una monja y su capacidad para adquirir bienes personalmente, y entre el objeto y su propietaria. En resumidas cuentas, el "libro familiar" es el único objeto con el cual la religiosa se puede identificar y a través del cual puede expresar algo de su personalidad.

[12] Se trata de la *Avisación a la virtuosa y muy noble señora doña María Pacheco, Condessa de Benavente de cómmo se deve cada día ordenar y occupar para que expienda bien su tiempo, hecha a su instançia y petición por el licenciado fray Fernando de Talavera, indigno prior del monasterio de sancta María de Prado, y su confessor*. Dicho texto fue redactado por Talavera antes de la *Suma y breve compilación*, ya que lo compuso cuando era todavía prior del monasterio de Prado, y probablemente poco después de haber entrado al servicio de Isabel la Católica como confesor. Existen hoy dos ejemplares (San Lorenzo del Escorial: Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, b-IV-26 y Madrid: Biblioteca Nacional de España, INC/2119). Además, fue editado en 1911 en la colección "Escritores místicos españoles".

comida y la siesta y otra, por fin, por la noche antes de dormir. Ahora bien, si la primera ha de ser escuchada con mucha atención, las dos últimas no tienen tanta importancia: después de comer leer un texto edificante no es más que una "recreación" optativa y sirve ante todo para que la condesa se relaje antes de dormir. La lección de la noche tiene, sin embargo, un papel espiritual más relevante: "procurad de vos dormir leyendo buena lectión, que a vuestra noble ánima dé buena avisación y spiritual alegría[13]" (Talavera, *ca*. 1475, f. 26r). La comparación de los dos opúsculos sugiere, pues, que la lección, elemento clave de la vida intelectual femenina, es una actividad más propia de las monjas que de una mujer de alta alcurnia, sea cual sea su interés por los libros y la cantidad de volúmenes que tiene al alcance de la mano. Quizás haya que ver detrás de ello la voluntad de apartar de los textos religiosos a una mujer que no hubiera recibido la formación necesaria para interpretarlos de forma adecuada,[14] pero también subraya el hecho de que, para Talavera, la monja que deseaba ser perfecta no podía prescindir de la lectura.

2.2. *La lectura edificante: una herramienta en el camino hacia la santidad*

Además, uno de los elementos más llamativos dentro de la *Suma y breve compilación* es la presencia, en el capítulo siete, de todo un listado de libros entre los cuales las monjas pueden elegir el que van a leer, listado que convierte nuestro texto en "la única guía española de lecturas para monjas anterior a 1500", según Cátedra (2005, p. 54). ¿Cuáles eran, entonces, los libros considerados como idóneos para las monjas de finales del siglo xv? En primer lugar, los *Evangelios* y todo el Nuevo Testamento, así como algunos libros del Antiguo Testamento (*Salmos*, *Proverbios*, *Eclesiastés*, *Cantar de los cantares* y *Sabiduría*, junto con los libros históricos particularmente relacionados con el mundo femenino, como son los de Tobías, Ester y Judit).[15] A estos hay que añadir obras de hagiografía (las *Vitae*

[13] Todas las citas de la *Avisación* se hacen siguiendo el ms. b-iv-26 de la Biblioteca del Escorial.

[14] Muchos estudios, sin embargo, han mostrado que las mujeres que pertenecían a la nobleza a finales de la Edad Media y principios de la Modernidad tenían acceso a los libros, y que sus lecturas no distaban mucho de las de las monjas. Podemos citar, entre otros, los estudios recogidos en D. Courcelles y C. Val, el artículo de P. Cátedra (2003) y el volumen de I. Beceiro Pita.

[15] Los dos últimos se relacionan de manera evidente con el mundo femenino a causa de sus protagonistas. En cuanto al primero, contiene, entre otras cosas, la relación del casamiento de Tobías con Sara, quien había perdido ya a siete maridos. Al casarse, sus padres le dan unos consejos, y sobre este motivo bíblico construye Fernán Pérez de Guzmán un poema destinado a aconsejar a las jóvenes

patrum y la *Legenda aurea*), algunas obras de los santos Padres o de Doctores de la Iglesia, (los *Morales* y los *Diálogos* de San Gregorio, la *Forma de los novicios* de San Buenaventura, varias obras de San Jerónimo, entre las cuales la *Epistola ad Eustochium de virginitate servanda* o libros relacionados con este santo padre, como la *Vida y tránsito de San Jerónimo*, y, por fin, la *Doctrina cristiana* de san Agustín). Luego, viene un libro atribuido a San Bernardo, que los historiadores han identificado como *La manera del bien vivir*, y otros tratados didácticos, como el *Enseñamiento del corazón*,[16] el *Enseñamiento de los religiosos*, el *Espejo del pecador*, etc. Por fin, llama la atención la importancia concedida a las obras de Eiximenis, pues aparecen tres de ellas: *Vita Christi*, *De natura angelica* y *De las donas*. En suma, pues, revelan estas obras una espiritualidad de espectro amplio y una variedad susceptible de satisfacer las aspiraciones de las monjas. Sin embargo, otras mujeres se interesaron por los consejos de Talavera como la propia Isabel la Católica y, por influencia suya, sus hijas y quizás otras mujeres de su entorno, en la medida en que la reina poseía casi todos los libros mencionados en la *Suma*, así como un ejemplar del opúsculo (Ruiz García, 2004, p. 180). Así pues, las lecturas de algunas mujeres de la corte isabelina podían acercarse a las de las monjas abulenses, tanto más cuanto que algunos de los libros citados por Talavera figuraban entre los títulos más exitosos de la época.

El hecho de que el autor mencione tantas obras en el capítulo séptimo de la *Suma* no significa que todas estén presentes en la biblioteca del convento abulense. Por el contrario, Talavera escribe para fomentar el cultivo de la lectura y animar a las religiosas a que compongan bibliotecas que correspondan a sus intereses espirituales, con lo cual la lista propuesta constituye más bien un ideal. Pero el autor no se contenta con proponer un canon de lecturas, sino que también recomienda a sus lectoras una manera de leer y da indicaciones bastante precisas sobre cómo se han de leer los libros en función de las circunstancias. Hernando de Talavera es, en efecto, plenamente consciente de la importancia de que la lectura, sobre todo en el refectorio, se haga de manera adecuada:

[La lectora] sea de las que más saben y mejor leen y con mejor gratia y mejor boz. Provea con mucho studio la lectión que allí ha de leer. Léala de vagar bien entonada, bien

casadas: la "Relaçión de la doctrina que dieron a Sara", recogido en la edición de Foulché-Delbosc (pp. 656-663). Además, el libro de Tobías hace de la fidelidad a la ley judaica la clave para sobrellevar todos los malos sucesos de la fortuna y obtener la gracia divina. En el caso de las monjas, las incitaría a que se apegaran a su regla, siendo dicha fidelidad la condición de su salvación.

[16] Este libro, al parecer, era particularmente apreciado por Isabel la Católica, quien lo regaló a dos de sus hijas y, posiblemente, a su marido (Ruiz García, 2004, p. 179).

pausada y pronunciada como se dize en el choro quando más solemnemente cantáis los maitines. Descanse entre pausa y pausa, y más entre capítulo y capítulo. (p. 33)

Podemos apuntar que, para Talavera, la monja capaz de leer tiene una forma de superioridad sobre sus compañeras, tanto por sus habilidades ("sea de las que más saben y mejor leen y con mejor gratia y mejor boz") como por aspectos simbólicos: la lectora, que ha entrado antes de todas las demás religiosas en el refectorio ("ha de estar en el lugar a do ha de leer con el libro abierto, quando en el refectorio comiença a entrar el convento", p. 45), se coloca detrás del púlpito, a menudo ricamente ornado y elevado respecto a la asistencia, y además, en esta posición preside la comunidad (aunque sea solo de manera simbólica, pues la presidencia real la tiene la abadesa). Además, las monjas se ven obligadas a respetar el más estricto silencio, de manera que solo se oiga la voz de la lectora, la cual tiene un papel tan importante que puede sustraerse a algunos aspectos de la regla: "y porque no le sea penoso esperar que vós acabés de comer estando ella ayuna, podrá tomar algún poco de refectión antes que suba a leer, aunque sea día de ayuno" (p. 33). Está autorizada, pues, a incumplir la obligación de la comida en común.

2.3. *Las capacidades intelectuales: ¿cualidades para llegar a ser santa?*

Estos elementos subrayan la importancia de las cualidades intelectuales para Talavera, las cuales no son incompatibles con la santidad; al contrario: la abadesa quien, como lo hemos dicho, ha de ser "espejo de toda sanctidad" es también la que puede dedicar más tiempo a actividades intelectuales, pues "en quanto buenamente pudiere, esté queda en la cela orando o leyendo o escribiendo" (p. 51).

Del mismo modo, otro cargo relacionado también con la vida intelectual ha de ser desempeñado por una monja particularmente irreprochable: "encomiende [la abadesa] la criança de las novicias y enseñamiento de la religión a religiosa muy perfecta" (p. 52), tanto más cuanto que la enseñanza se hace sobre todo a base de ejemplos.[17] En efecto, nos dice el texto que:

[17] En su artículo sobre los colegios de doncellas, María del Mar Graña Cid (pp. 117-146) destaca que en ellos también se practicaba a menudo la enseñanza por el ejemplo y que este método es particular de la enseñanza de mujer a mujer.

no se puede negar que la más breve y más fructuosa manera de enseñar es obrando y haciendo lo que se enseña. Y por esso, en quanto buenamente se pudiere hazer, debe ser tal la que fuere deputada por maestra que pueda confirmar con la obra lo que dize por la boca. (p. 54)

Por tanto, para que las novicias puedan aspirar a la perfección, hace falta que tengan una maestra perfecta a la que puedan imitar. Las dos monjas más ejemplares del convento, por lo menos en teoría, son las dos que más específicamente tienen una función de enseñanza, y también las que están relacionadas con la vida intelectual. De manera más general, ésta aparece como un elemento fundamental para la calidad de la vida espiritual de las religiosas en el convento abulense y, por lo tanto, como un elemento imprescindible para su perfeccionamiento en el ámbito monástico.

CONCLUSIÓN

Para concluir, parece evidente que lo que busca Hernando de Talavera en la *Suma y breve compilación* no es formar a unas santas, sino formar una comunidad santa. En efecto, hemos apuntado cómo las consignas dadas por el entonces obispo de Ávila intentaban aniquilar la voluntad individual e incluso todo rasgo de identidad (la imagen de su propio cuerpo, la propiedad privada, la obra propia en el trabajo…), incluyendo a cada monja en una comunidad a la cual debía someterse. Para él no se trata de favorecer la emergencia de algunas personalidades destacadas, cuyo carisma les permitiría tomar las riendas de la comunidad, adquiriendo una fama que incluso podría extenderse más allá del convento, como en el caso de Isabel de Villena o Teresa de Ávila. Parece, por el contrario, que borrando toda individualidad, intenta impedir que tengan personalidades semejantes. Del mismo modo, la vida intelectual del convento, por mucho que la valore Talavera, es ante todo comunitaria, y no anima a las monjas a que cultiven unas capacidades intelectuales que les podrían permitir tener proyección fuera del convento. Sin embargo, en la *Suma*, la vida intelectual aparece como un elemento imprescindible para aspirar a la perfección religiosa. En consecuencia, la monja talaverana podría llegar a ser santa: implicándose en la vida comunitaria, leyendo obras piadosas y espirituales y poniendo sus capacidades intelectuales al servicio de su perfeccionamiento religioso.

OBRAS CITADAS

Ávila, T. de, 1987: *Libro de la vida* (ed. D. Chicharro), Madrid.

Beceiro Pita, I., 2007: *Libros, lectores y bibliotecas en la España medieval*, Murcia.

Bynum, C. W., 1987: *Holy Feast and Holy Fast: The religious significance of food to medieval women*, Berkeley.

Cátedra, P., 2003: "El lugar o el orden de los libros en las bibliotecas femeninas del siglo XVI", en *Vivir en el Siglo de Oro. Poder, cultura e historia en la época moderna. Estudios en homenaje al profesor Ángel Rodríguez Sánchez* (ed. B. Benassar et al.), Salamanca, pp. 101-121.

——, 2005: *Liturgia, poesía y teatro*, Madrid.

Cátedra, P. y Rojo, A., 2004: *Bibliotecas y lecturas de mujeres: siglo XVI*, Salamanca.

Codet, C. (ed.), 2012: *Suma y breve compilación de cómo han de bivir y conversar las religiosas de Sant Bernardo que biven en los monasterios de la cibdad de Ávila* de Hernando de Talavera (Biblioteca del Escorial, ms. a.IV-29)", *Memorabilia,* 14, pp. 1-57.

Córdoba, M. de, 1974: *Jardín de nobles donzellas* (ed. H. Goldberg), Chapel Hill, North Carolina.

Courcelles, D. y Val Julián, C. (ed.), 1999: *Des femmes et des livres, France et Espagnes, XVI^e^-XVIII^e^ siècle*, Paris.

Echániz Sans, M., 1991: "El monasterio de Sancti Spiritus en Salamanca: un espacio monástico de mujeres de la Orden Militar de Santiago (siglos XIII-XV)", *Studia Historica. Historia Medieval*, 9, pp. 43-66.

González Hernández, O., 1960: "Fray Hernando de Talavera. Un aspecto nuevo de su personalidad", *Hispania Sacra*, 13, pp. 143-174.

Graña Cid, Mª C., 1994: "Mujeres y educación en la Prerreforma castellana: los colegios de doncellas", en *Las sabias mujeres: educación, saber y autoría (siglos III-XVII)* (coord. M. Graña Cid), Madrid, pp. 117-146.

Iannuzzi, I., 2009: *El poder de la palabra en el siglo XV: fray Hernando de Talavera*, León.

Jerónimo, san, 1949: *Lettres de saint Jérôme*, t. 1 (ed. J. Labourt), Paris.

Luengo Balbás, M., 2012: "Alimento y cuerpo en Sor Juana de la Cruz (1481-1534) y en *El libro del conorte*", *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 30, pp. 221-233.

Pérez de Guzmán, F., 1912-1915: "Relación de la doctrina que dieron a Sara", en *Cancionero castellano del siglo XV* (ed. R. Foulché-Delbosc), 2 vols., Madrid, pp. 656-663.

Petroff, E. A., 1994: *Body and Soul: Essays on Medieval Women and Misticism*, New York.

Poutrin, I., 1987: "Souvenirs d'enfance: l'apprentissage de la sainteté dans l'Espagne moderne", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 23, pp. 331-354.

Ruiz García, E., 2004: *Los libros de Isabel la Católica. Arqueología de un patrimonio escrito,* Salamanca.

Sanmartín Bastida, R., 2012: *La representación de las místicas: Sor María de Santo Domingo en su contexto europeo*, Santander.

Talavera, H. de, 1486: *Avisación a la virtuosa y muy noble señora doña María Pacheco,* San Lorenzo del Escorial, Real biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, ms. b.IV.26; editado en 1911b, *Avisación a la virtuosa y muy noble señora doña María Pacheco*, col. Nueva Biblioteca de Autores Españoles (Escritores Místicos Españoles), t. 1, Madrid, pp. 94-105.

——, 2012: *Suma y breve compilación de cómo han de bivir y conversar las religiosas de Sant Bernardo que biven en los monasterios de la cibdad de Ávila* de Hernando de Talavera (Biblioteca del Escorial, ms. a.IV-29)", C. Codet (ed.), *Memorabilia* 14, pp. 1-57.

Villena, I. de, 1995: *Vita Christi* (ed. A.-G. Hauf i Valls), Barcelona.